

Federico Patellani en la isla de Cató (Nuevas Hébridias).

UN periodista italiano, Federico Patellani, ha repetido la aventura, imaginaria o real, de seis hombres que apagaron en las islas de los Mares del Sur su sed por lo misterioso, por la belleza, por la evasión. "El 30 de septiembre de 1659, el pobre infeliz Robinson Crusoe, habiendo naufragado durante una terrible tempestad, llegó a una isla desolada, la isla de la Desesperación". El protagonista de Melville —Moby Dick—, un paria entre los exiliados, buscó en Galápagos las emociones que le negaban las ciudades de su civilización ("Roma me ha dejado indiferente, con una indiferencia opresiva"). Gauguin, vestido como un "beat" de hoy, con dos mandolinas y una guitarra, desembarca un día en Tahití, ante la irónica curiosidad de los indígenas; allí encontró los motivos para su arte inmortal. Stevenson eligió Samoa para recrear la belleza de las noches con olores a plantas, a flores, a mar, a fruta. Las islas Hébridias atrajeron irresistiblemente al capitán Cook, muerto en olor de misterio, y la Indonesia permitió a Conrad describir con prosa inigualable la luz y el color derramándose sobre colinas y acantilados.

Provisto de filtros y objetivos, este lombardo inquieto que es Federico Patellani, acosado desde pequeño a la aventura por los libros de Conrad y Melville, ha recogido la verdad de las gentes y las cosas de estas seis islas famosas. Así, junto a los textos de los hombres que las hicieron célebres en la literatura y el arte, hoy contamos con el testimonio gráfico que nos ha aportado Patellani. Ello ha costado mucho: diez mil fotografías en color, cuatro meses de viaje, quince días en avión, miles de kilómetros recorridos de Italia a Tobago, de Galápagos a Juan Fernández, de Tahití a Samoa, de las Nuevas Hébridias al archipiélago de la Sonda. TRIUNFO comienza hoy esta serie que durará seis semanas. Bueno será que el lector tire del breve lomo del Robinson, sople sobre el canto del libro y lea de nuevo. He aquí la aventura interior de seis hombres.

(I) Las islas de la aventura: de Tobago a Juan Fernandez

EN EL REINO DE ROBINSON CRUSOE

Daniel Defoe, en 1719, noveló los hechos acaecidos al marinero escocés, Alexander Selkirk, para con el dinero obtenido mediante la venta del manuscrito, pagar la dote de la segunda de sus tres hijas

Por FEDERICO PATELLANI



A isla de la aventura por excelencia es la que inventó Daniel Defoe para su Robinson Crusoe, después de haber entrevistado a un marinero escocés, Alexander Selkirk, que había vivido durante cuatro años y cuatro meses en una isla desierta, con la única compañía de un pequeño mono.

Defoe nació en Londres en 1660, de un modesto comerciante que se llamaba simplemente Foe (el "De" nobiliario se lo regaló posteriormente el escritor). Tenía casi sesenta años, y a sus espaldas, un pasado tempestuoso: había estado en la cárcel y en la picota, había publicado libelos y redactado informes en su calidad de agente secreto y confidente de la policía.

Cuando se puso a escribir su Robinson, Defoe, ya viejo, estaba casi en la ruina, teniendo que pensar además en la dote de la segunda de sus tres hijas, Hannah. Hablando leído por casualidad en la relación de un viaje, hecha por el navegante Woodes Rogers, el hallazgo del naufrago Selkirk en Juan Fernández, Defoe se ofreció al editor Taylor para escribir una especie de diario de Selkirk, naturalmente completamente novelado: primero, su héroe permanecería en la isla por un espacio de tiempo aproximadamente siete veces mayor: veintiocho años; además tendría que enfrentarse con canibales y, finalmente, encontraría a un joven salvaje, que se convertiría en su compañero.

Taylor aprobó la propuesta y en pocas semanas Defoe confeccionó el libro, que salió a la luz el 25 de abril de 1719, con el título de "La vida y las extrañas, sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe de York, marinero que vivió veintiocho años completamente solo en una isla



Daniel Defoe.

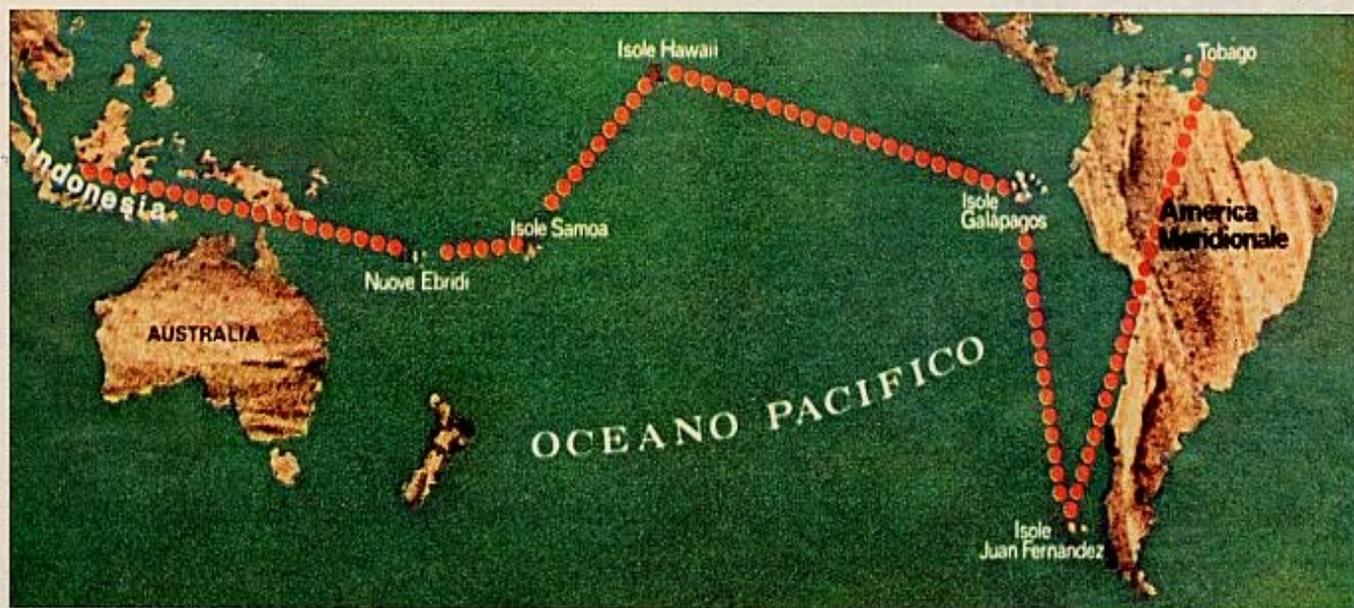
inhabitada de las costas americanas, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco, porque había sido víctima de un naufragio, en el cual todos menos él habían perecido; también se cuenta cómo fue salvado finalmente y de modo extraño por los piratas". Título que con el tiempo se ha ido acortando, hasta reducirse al nombre escueto del protagonista.

Pero volvamos al Robinson-Selkirk. El éxito fue inmediato y movió a Defoe a escribir, en agosto del mismo año, una segunda parte en la cual Robinson abandonaba la serena vida familiar, vuelve a ver "su" isla, viaja por otros mares durante doce años y nueve meses y regresa a Londres ya septuagenario.

La aventura del escocés Selkirk encendió la fantasía de otros escritores. El francés José Saverio Bonifacio Saintine (1796-1865) publicó "el auténtico Robinson", que tiene el mérito, con respecto al libro de Defoe, obra maestra de la fantasía, de ser más descarnado más firmemente anclado en la realidad y, quizá, el defecto de estar demasiado teñido de romanticismo (la muerte de la monja «Marimonda» es digna de la de tantas heroínas del melodrama dieciochesco...).

Con todo, Robinson-Selkirk sigue siendo uno de los personajes más populares de la literatura y el libro de Defoe "el más universal" de todos, según Eugenio d'Ors.

¿En dónde radica todo este encanto? Robinson-Selkirk es un héroe intemporal. Es el hombre que, solo, sobrevive en medio de una naturaleza hostil, subyugándola con sus propios brazos y con su propio ingenio. Es el self-made-man más típico de la literatura universal. En él se reúnen los sueños del intelectual que anhela una vida vivida solamente con el propio yo, una



Ochenta mil kilómetros ha recorrido Pestellini en busca de las islas de la aventura. De Europa a Tobago, primero, y, luego, cuatro meses de viaje por cada una de las islas.



La costa Este de la isla Juan Fernández, en el Pacífico. Deloo inspiró en Tobago y Mas-a-Tierra para crear su isla de la Desesperación. Una está en la boca del Orinoco y otra a cuatrocientas millas de la costa chilena. El marino inglés Alexander Selkirk, que dio motivo al personaje de «Robinson Crusoe», vivió en la isla de Mas-a-Tierra.

evasión completa de los quehaceres del mundo, y las aspiraciones de los que, partiendo de la nada, quieren construirse una fortuna. Cuando Robinson deja su isla (anotando con escrúpulo de contable "tras veintiocho años, dos meses y diecinueve días") se le puede considerar un afortunado hacendado: tiene cabras, campos de grano, una casa-fortaleza y una casita en el campo. Ha demostrado tener tanto espíritu emprendedor y tanta agudeza mental que valdría indudablemente para "manager" de cualquier gran sociedad londinense. No ha tirado nada: ni el dinero por él encontrado en las dos naves naufragadas. Cuando encontró aquel dinero pensó que, en su situación, era "como el polvo" que pisaba, pero luego, después de reflexionar, escribió en su diario: "Bien, de todas formas, llevé aquel dinero a mi cueva para guardarlo".

Y sabemos que luego aquel oro le sirvió de mucho. El dinero, ¡ah! ¡Y pensar que "el Robinson" lo escribió por dinero un antiguo presidiario de mirada hosca en una amplia casa de Church Street, en Stoke Newington; un hombre que sólo había viajado por Inglaterra y Escocia y a veces por motivos poco nobles!

Y sin embargo, como ha escrito cierto crítico, W. de La Mare, el pequeño reino de Crusoe ha tenido más éxito que la auténtica Juan Fernández de Selkirk, porque "está más allá de cualquier cambio", de cualquier incidente, y continúa vivo en la memoria como uno de los sucesos más vivos de nuestra infancia. Extremadamente remota en su latitud de 9° y 22' al Norte de una línea menos tangible que cualquiera de las conocidas por el cartógrafo, completamente deshabitada,

conserva entre su vegetación (como la isla de Pascua sus imágenes antiguas y extraordinarias) los restos derruidos del ingenio de su gobernador, que han sobrevivido a las devastaciones del progreso. La isla de Robinson Kreautznear (éste era su verdadero apellido, convertido luego en Crusoe "por la costumbre de los Ingleses de pronunciar mal las palabras") es, en realidad, la infancia de uno cualquiera de nosotros; la infancia con sus sorpresas y sus angustias (el temor a los canibales, el temor a la oscuridad); la infancia con su serena alegría de vivir, su laboriosidad y sus candores (bombardeados como estamos ahora por los símbolos del sex-appeal, no podemos dejar de maravillarnos, al leer la historia de sus veintiocho largos años de segregación, de la absoluta castidad de pensamientos del marino escocés...). **sigue**

LAS ISLAS DE LA AVENTURA

Juan Fernández estaba seguramente deshabitada en 1704. Hoy en la isla viven unas cuantas familias de pescadores chilenos, habiendo surgido incluso un pequeño pueblo. Juan Fernández es una isla bastante árida, con una tierra entre ocre, rojo y violeta. De origen volcánico, está rodeada de aguas profundas, riquísimas en langostas.

LA TIERRA PEOR AUN QUE EL MAR

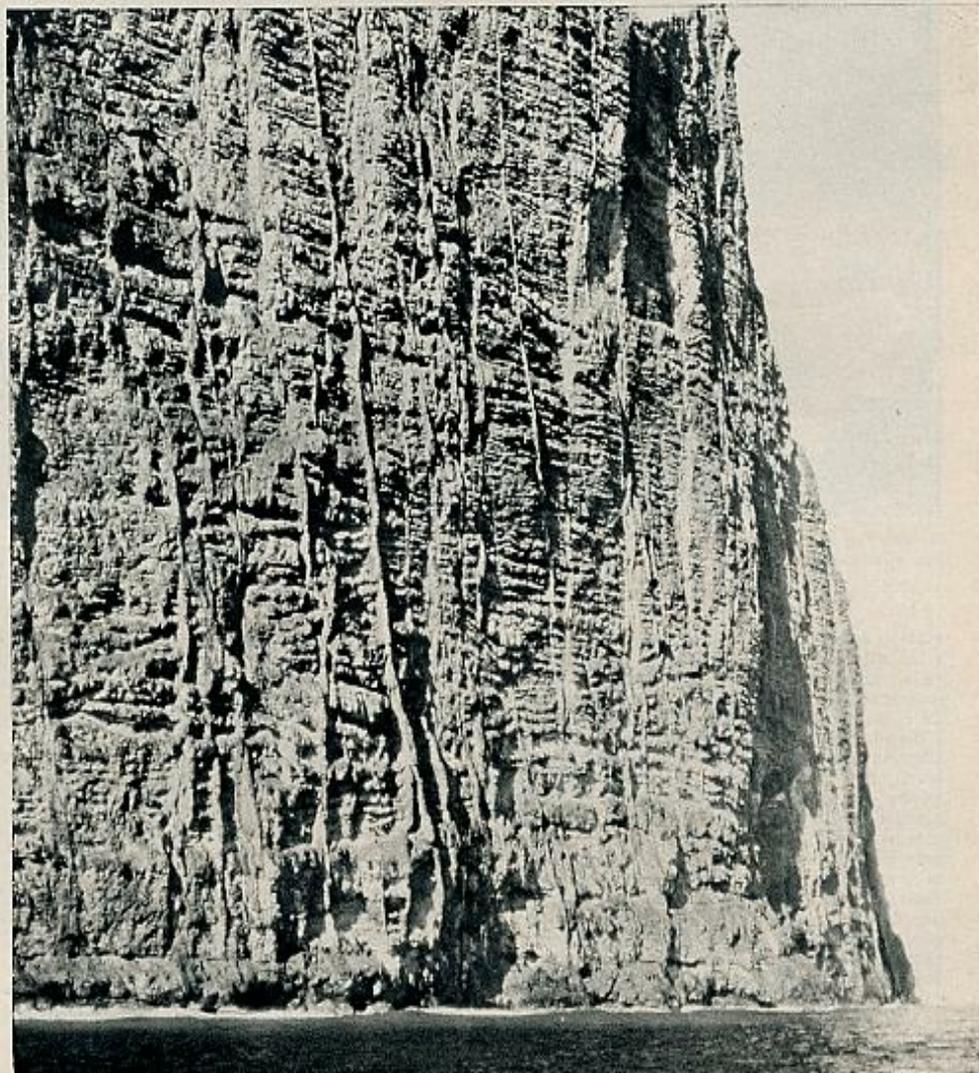
Nos encontrábamos, según nuestros últimos cálculos, a 7° 22' de latitud Norte, cuando nos sorprendió un huracán o tornado; empezó del Sudeste, luego giró a Noroeste para soplar por fin del Noroeste, con una violencia tal que durante doce días enteros no nos quedó más remedio que ir a la deriva, corriendo delante del viento y dejándonos llevar por nuestro destino y por la fuerza del huracán. En medio de nuestra tribulación, una mañana, uno de nuestros marineros gritó: ¡Tierra! No nos dio tiempo siquiera para salir de nuestros camarotes y examinar el sitio en que nos hallábamos. Nuestra nave encalló en un banco de arena, y las olas rompieron contra su casco con tal furia que creímos llegada nuestra última hora. Hubimos de refugiarnos en el interior para ponernos a cubierto del oleaje... Nuestro único consuelo era que el barco seguía resistiendo contra todos los cálculos, y que el capitán nos vino a decir que el viento se iba calmando.

Sin embargo, como el casco estaba metido en la arena y demasiado agarrado para que pudiésemos ponerlo a flote, nuestra situación seguía siendo espantosa y no podíamos pensar más que en salvar el pellejo lo mejor que pudiésemos. En estos apuros, el piloto echó mano al único bote que quedaba y con ayuda de los demás consiguió botarlo al agua por encima de la borda. Aunque la furia de los elementos se estaba calmando poco a poco, todavía el mar rompía con gran fuerza en la costa. Ignorábamos si ésta era rocosa o de arena, alta o profunda; la única sombra de esperanza razonable era que fuésemos a dar en una bahía, golfo o desembocadura de río y, una vez dentro, consiguiésemos encallar el bote o abrigarnos en alguna punta de tierra, y quizá encontrar aguas tranquilas.

Nada de esto ocurrió. Conforme nos acercábamos a la costa, el panorama de la tierra era más terrible que el del mar.

Sólo en muy pocos puntos son accesibles por mar las costas de Juan Fernández.

El resto es una especie de baluartes inexpugnables. En las rocas lávicas se puede ver claramente su proceso formativo. Se aprecian especialmente los cordones contruidos por el magma al deslizarse de arriba abajo sobre los estratos ya petrificados hasta llegar a la superficie del agua.



NO HAY NADIE CON QUIEN HABLAR

El 30 de septiembre de 1659, yo, pobre infeliz, Robinson Crusoe, habiendo naufragado durante una espantosa tempestad que nos cogió en alta mar, vine a parar a la costa de esta isla triste y calamitosa, a la que he bautizado con el nombre de Isla de la Desesperación. El resto de la tripulación se ahogó y yo llegué casi muerto. Me encuentro completamente solo en una horrible isla, sin esperanza de ser alguna vez salvado; pero estoy vivo, único entre mis compañeros. He sido separado del mundo entero y elegido, por así decir, para una vida de desgracias; pero he sido también elegido entre los tripulantes de mi barco, para salvarme de una muerte segura y Aquel que milagrosamente me ha salvado de la muerte puede también sacarme de aquí. Estoy separado de la humanidad, solitario, desterrado de la sociedad, de mis semejantes; pero no me encuentro, muerto de hambre, en un lugar estéril que no me ofrezca ninguna posibilidad de nutrición. No tengo prendas que ponerme, pero vivo en un clima cálido, y, aun cuando tuviese ropa, no la podría llevar. Estoy indefenso y no tengo medios para resistir los ataques de los hombres y de las bestias; pero he sido arrojado a una isla en la que, hasta ahora, no he visto ninguna fiera que pueda hacerme mal, como las vi en las costas africanas. El 26 de octubre, muy preocupado por un eventual ataque nocturno, ya de fieras, ya de hombres, recorrí la costa en busca de un lugar en que establecer mi habitación para vivir seguro. Cercana ya la noche, descubrí un lugar seguro al pie de una roca. Trabajando todos los días, según lo permitían mis fuerzas y el tiempo, dediqué dieciocho días a ensanchar y profundizar la roca de manera que en ella cupiesen perfectamente todas mis cosas. El 10 de diciembre ya empezaba a creer que había dado fin a las obras de la cueva o galería cuando, de pronto, hubo un gran desprendimiento de tierras en un costado. Me asusté, y no sin motivo, porque de haberme cogido debajo, no hubiera necesitado sepulturero.

El 16 de abril, estando trabajando a la entrada de la cueva, vi con sorpresa y terror que de pronto empezaba a caer tierra del techo de mi cueva y del costado de la montaña y que dos postes del entibado crujían alarmantemente. Vi claramente que se trataba de un terrible terremoto, porque la tierra se estremeció bajo mis pies por tres veces, con intervalos de unos ocho minutos, y a una milla de distancia de donde yo estaba y en las proximidades del mar se desprendió desde lo alto una roca que produjo al caer el estrépito más horrible que he oído en toda mi vida.



Huellas humanas en la arena de Pigeon Point, la playa más occidental de Tobago. La realidad no es siempre tan extraordinaria como la ficción, las huellas son numerosas, mi máquina fotográfica no se encontró ante una única huella de pie humano, misteriosa e inexplicable, como le ocurrió a Robinson Crusoe. Sin embargo, aun cuando los turistas son numerosos, Tobago es capaz de ofrecer siempre playas solitarias.

sigue

LAS ISLAS DE LA AVENTURA

LOS VESTIDOS DE ROBINSON

Mirando el mar desde lo alto de la colina, advertí una impetuosa corriente en dirección Este, que se acercaba extraordinariamente a la punta de tierra. Me fijé bien en ella, porque recelé que pudiera constituir para mí un peligro, arrastrándome hacia alta mar e impidiéndome volver a la costa de la isla. Creo que, de no subir yo a la colina, esto es lo que habría ocurrido, porque al otro lado de la isla, pero a mayor distancia, había otra corriente y entre ésta y la playa se formaba un gran remolino. Con lo que nada más salir de la corriente al doblar la punta de tierra me hubiese precipitado irremisiblemente en la vorágine.

Estaba un poco impaciente, como dije antes, por utilizar mi bote aunque también un poco reacio a correr nuevos riesgos. No podía dejar de pensar en cómo me las arreglaría para dar la vuelta a la isla en el bote, aunque a veces me preguntaba por qué me preocupaba tanto si estaba tan bien allí. Sin embargo, una extraña inquietud dentro de mí me impelía a volver a aquella punta de la isla que había reconocido desde lo alto de la colina. Este deseo crecía en mí día tras día hasta que, finalmente, decidí ir por tierra, siguiendo la línea de la playa. Y eso hice; si alguien en Inglaterra se hubiese encontrado un hombre con el aspecto que yo tenía entonces, o se hubiese llevado un buen susto o hubiese soltado una gran carcajada; yo mismo me paraba a veces a mirarme y no podía sino sonreír ante la idea de darme un paseito por Yorkshire así vestido. Tenía un sombrero de piel de cabra, con una especie de falda detrás que me protegía del sol y, en cierto modo, de la lluvia. Y es que, en aquellas latitudes, no hay nada más perjudicial que la lluvia sobre la piel y debajo de la ropa. Además tenía una chaqueta de piel de cabra, con faldas que me llegaban casi a medio muslo, y un par de calzones de esa misma piel, sueltos en las rodillas; no tenía ni medias ni zapatos, pero me había hecho un par de, ¿cómo las llamaría?, una especie de botas que más bien parecían chanclos; tenían una forma monstruosa como las demás prendas de vestir de que disponía. Tenía también un cinturón hecho de piel de cabra con una especie de cordones, también de piel de cabra, en vez de hebillas.

La isla de Robinson Crusoe, según Defoe, se encuentra aproximadamente a 10 grados al Norte del Ecuador. No puede ser, pues, la isla de Juan Fernández, situada en el Pacífico a 34 grados al Sur del Ecuador. Hay, sin embargo, en esta isla, una gruta que corresponde perfectamente a las descripciones de Defoe, con un barranco igual al que aparece en la novela y en el que Robinson por poco queda sepultado.



Es muy probable que el escocés Selkirk viviese en la parte de Juan Fernández en que ahora surge el pueblo de pescadores chilenos, es decir, en una bahía rica en vegetación gracias al agua abundante que baja de las montañas. Entre los picos está un mirador llamado de Selkirk, desde el que se domina la otra vertiente de la isla.



Si Juan Fernández tiene una naturaleza desordenada y violenta, Tobago es relajante y turística. En lugar de altas paredes rocosas de lava, tiene espaciaosas playas blancas sobre las que se inclinan los cocoteros doblados por el viento. Sobre la arena blanca y compacta, característica de las islas de mar del Caribe, las caracolas crean en la luz enrarecida preciosas naturalezas muertas.





CAUSAN SENSACION
unas medias sin arrugas, mates,
sutiles y elásticas; se adaptan
impecablemente a la piel.
una caricia para sus piernas

Cantrecede
Fabricación de J. Rossell, S. A.



* MARCA REGISTRADA DE DU PONT

AQUI SE PREGUNTABA «¿QUE SOY YO?»

¿Qué son este mar y esta tierra, de los que he visto tanto? ¿Dónde tienen su origen? ¿Y qué soy yo y qué son todos los seres vivos, domésticos y salvajes, humanos y bestias? ¿De dónde venimos? ¿Hemos sido creados todos por el mismo poder oculto que ha hecho la tierra y el mar, el aire y el cielo, qué poder es éste? La respuesta que encontré fue la siguiente: es Dios quien ha hecho todo esto. Y entonces, si Dios ha hecho todas estas cosas, claro está que también las guía y las gobierna, puesto que el poder que ha creado todas las cosas puede, claro está, guiarlas y dirigir las; si esto es así, nada puede ocurrir, en el gran círculo de Sus obras, sin Su conocimiento ni Su voluntad. Y si nada ocurre sin Su conocimiento, Él debe saber que yo estoy aquí, y en este terrible estado; y si nada ocurre sin Su voluntad, debe ser por voluntad Suya por lo que me está ocurriendo todo esto. Nada se me ocurrió que contradijese estos pensamientos; y, por eso, se me impuso con tanta mayor fuerza la convicción de que todo cuanto me había ocurrido debía forzosamente haberlo decretado Dios, y que yo me encontraba en aquella situación deplorable sólo por Su voluntad, porque sólo Él tenía poder absoluto no solamente sobre mí, sino también sobre todos los sucesos del mundo. E inmediatamente se me ocurrió la siguiente pregunta: ¿Por qué me ha hecho esto Dios? ¿Qué he hecho yo para merecer el que se me trate así? Al día siguiente, hablándome aventurado un poco más lejos que el día anterior, llegué al punto en que terminaba la sabana y desaparecía el riachuelo, y el paisaje se volvía más boscoso. Después de haber caminado bastante tiempo llegué a un paso estrecho, donde el terreno parecía descender en dirección Oeste, y por el que discurría un arroyo de aguas cristalinas en la dirección opuesta; la vegetación era fresca y lozana y todo tenía el aspecto de un jardín cultivado. Bajé por aquel delicioso valle contemplándolo con una especie de secreto placer, porque pensaba que todo aquello era mío; que yo era rey y señor indiscutible de todos aquellos parajes y que tenía sobre ellos absoluto derecho de posesión; y que si hubiese podido transmitirlos en herencia, habrían constituido mi patrimonio absoluto como el de cualquier feudatario inglés. Había gran número de árboles del cacao, naranjas, limones y cedros; pero todos eran silvestres y poquísimos tenían fruto, por lo menos en aquel instante.

Para llegar al observatorio de Selkirk hay que subir por una estrecha senda abierta en medio de una exuberante vegetación. El terreno es arcilloso y muy resbaladizo. El propio Selkirk, aunque acostumbrado, empleaba más de una hora en subir hasta lo alto para ver si se divisaba algún barco en el horizonte.



LAS ISLAS DE LA AVENTURA

Aproximadamente a cincuenta metros sobre el nivel del mar, colocada en una roca del mirador, desde el que se ve la otra vertiente de la isla, hay una lápida que recuerda la aventura de Selkirk. Colocada en 1863 por el comodoro Powell y por los oficiales de la nave inglesa "Topaze" dice, entre otras cosas, que Selkirk vivió en la isla cuatro años y cuatro meses, de 1704 a 1709. De vuelta a Inglaterra, Selkirk murió, siendo teniente de navío, en 1723.



SIGUE



Tobago, como la vecina Trinidad, forma parte de las Indias Occidentales y está habitada por una mezcla de razas, algunas locales, otras llegadas en el período de las dominaciones española e inglesa. Desaparecida la antigua raza autóctona del Caribe, la raza dominante es la negra, y entre sus mujeres existen auténticas bellezas. Desentrenadas durante el carnaval, las muchachas de Tobago son de naturaleza púdica.



Las comunicaciones entre la costa chilena y la isla de Juan Fernández no son frecuentes. Existe, sin embargo, un servicio irregular de pequeños aviones que, al llegar a la isla, aterrizan en una pequeña pista que me causó escalofríos la primera vez que la vi desde lo alto.

LAS ISLAS DE LA AVENTURA

LA HUELLA: ROBINSON PIENSA EN EL DIABLO

Cuando llegué al lado Este, divisé una gran escollera que se adentraba unas dos millas en el mar; algunos de los escollos eran visibles, otros estaban bajo la superficie; y más allá de la escollera asomaba un banco de arena de aproximadamente media milla de longitud, por lo que había que salir a la mar abierta si se quería doblar el cabo. Cuando hacia el mediodía iba yo a ver mi bote, de repente vi con gran sorpresa, limpiamente marcada en la arena, la huella de un pie desnudo. Quedé atónito, como quien ve visiones. Escuché, miré en torno mío. No vi nada, no oí nada. Subí a un lugar elevado, para otear más lejos. Pasé y repasé por la playa. Inútil. No había más que una sola huella. Al cabo de toda clase de suposiciones, desorientado y enloquecido, regresé a mi refugio. No volaba, como suele decirse; si miraba con espanto a todas partes. Me detenía cada dos o tres pasos a mirar atrás; cada árbol o arbusto me sobresaltaba, cada tocón se me antojaba un hombre. No es posible describir las formas que mi imaginación calenturienta daba a las cosas, ni las sospechas espantables que me asaltaban, ni los mil disparatados pensamientos que bullían en mi cabeza. No pegué ojo en toda la noche. A veces creía que era cosa del diablo, y la razón misma apoyaba en esta suposición. ¿Qué otra criatura humana podía haber llegado a aquel sitio? ¿Qué barco la había traído? ¿Por qué no había otras huellas? Pero, por otra parte, "¿para qué iba Satanás a tomar forma humana en un lugar como aquél?". Me dije que si el demonio quería asustarme tenía medios mucho más eficaces que aquella huella de un pie. Este y otros razonamientos me llevaron a pensar que quizá fuesen enemigos todavía más peligrosos, quiero decir, salvajes que habían salido del continente en canoas y que, arrastrados por las corrientes o por los vientos contrarios habían arribado a la isla, en cuyas costas permanecieron hasta embarcarse otra vez, tan molestos por haber caído allí como yo lo hubiera estado de haberlos encontrado.

Los ingresos turísticos de Tobago superan con mucho los de las plantaciones de coccoleros y los de la producción de cobre. Los cuatro vuelos diarios desde y a Trinidad aseguran a Tobago un porvenir libre de preocupaciones. La isla tiene muchas y hermosas playas, de las que las más organizadas son las de la zona occidental, donde se levantan los mejores hoteles.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO (II)
LAS GALAPAGOS